





**H**oy iba a ser un gran día.  
Toto por fin sería libre,  
¡se terminaba la escuela! Nunca  
más tendría que ir a clase.

Cuando sonó el timbre, salió  
corriendo tan deprisa que sus  
orejas casi echan a volar.

Ya no tendría por qué escribir  
más redacciones sobre la lechuga  
ni sumar o restar zanahorias.  
Tampoco tendría que aprenderse  
de memoria cuentos sobre lobos  
feroces ni saltar al potro o nadar  
a braza en clase de gimnasia.





—Y ahora, hijo mío,  
¿cómo piensas ganarte la vida?

—preguntó papá Liebre.

—Iré en busca de un tesoro  
—anunció Toto, y se fue al cobertizo  
a recoger el cubo y la pala.

—Ten cuidado, cariño, ¡y  
mucho suerte! —le deseó mamá  
Liebre, mientras le daba un beso  
de despedida—. Ah, y no olvides  
comer mucha verdura fresca, te  
mantendrá sano y fuerte, y recuerda  
lavarte los dientes antes de irte a  
acostar.







Toto bajó al río, para hacer una visita al mapache Edu, el legendario buscador de oro. Como siempre, metido en el agua hasta la cintura, echaba con la pala arena y piedrecitas en su colador. Así, cuando el agua se escurría, resultaba más fácil encontrar las pepitas de oro.

—¿Has tenido suerte?

—preguntó Toto con curiosidad.

—¡Largo! —gruñó Edu—, este es *mi* río.



Y Toto, por desgracia, no conocía otro río que pudiese ser *suyo*, por ejemplo.

Pero el mundo era grande y estaba seguro de que había mil y un tesoros por encontrar. Y en algún lugar le esperaban, a él y nada más que a él.





Toto siguió un sendero que cruzaba los campos hasta que se encontró con un hombre que cavaba un profundo hoyo.

«¡Ahí, va! Otro buscador de tesoros como yo», pensó.

Y, aunque le daba vergüenza, se ofreció a ayudarlo. El hombre, sin decir ni pío, le entregó la pala.

—A ver, demuestra lo que sabes.

